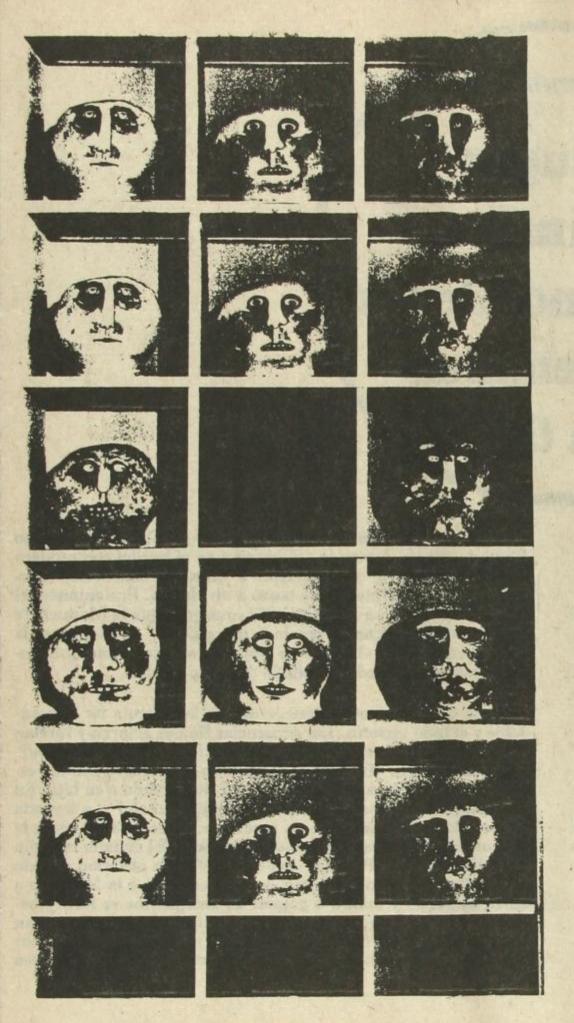


Muchas veces cuando de niña soñaba que la fama era un paso lógico y razonable en mi futuro, solía leer la sección cultural de los periódicos. Con avidez pasaba los ojos por el comertario de una fotografía que hablaba del "artista de la semana" o algo así; y allí estaba el poeta del año recibiendo de manos del presidente un diploma que lo acreditaba como tal. Yo sorbía la fotografía; el premiado era un señor con aire entre distraído y aburrido que extendía la mano; al lado del presidente, un ministro con cara de condescendencia culta; en el otro extremo, don Alfonso sonreía, y cerca de ellos algo idefinible. Era algún elemento decorativo puesto allí con toda intención y ese algo acababa de dar al retrato un equilibrio envidiable. Entonces pensaba que cada escritor era conocedor de un secreto que yo intuía y que al ponerlo frente a mis ojos me reintegraba al género de mis colegas: "los artistas".

Sin que me diera cuenta, pasaron los años. Los ministros envejecían, los presidentes cambiaban y las crónicas de sociales se repetían. Los artistas disfrutaban el primer premio; a veces con recato; otras, como diciendo "¿Ya ven? ustedes que no creían en mí, y el elemento decorativo seguía imperturbable en su lugar.

Muy pronto cambié la máquina de escribir por bañadera con bebé y todo. La discusión existencialista no se llevaba a cabo con mis amigos universitarios, sino con una lavandera que sostenía que el vacío lo llena un trapo de cocina completamente blanqueado y siempre me derrotó. Después de intentar por veinteava vez la receta de natilla que me sugería mi suegra, pude tener entre mis manos uno, varios periódicos de aquellos que había hojeado durante mi breve soltería. Allí estaba el artista de moda; se trataba de un pintor que amenazaba con inaugurar su exposición 234 después del consabido premio. A su lado el presidente, el ministro; José Luis retrataba de frente; un diplomático cubano miraba la escena encantado y allí estaban esos bultos discretos armoniosos con la misma característica de inexistencia de antes. No tuve tiempo de atender el asunto a fondo porque la puerta de la casa se venía abajo. La vecina, una doctora divorciada, traía en las manos el cuerpo del delito, unos vidrios color ámbar, y el arma homicida, una piedra de regular tamaño envuelta con un recado, con la letra chueca e irregular de mi Benjamín que decía "come caca".

La doctora subió la voz al explicarme que ella, que sí trabajaba, venía a encontrarse a sus hijas aterrorizadas; que ella, que tantas obligaciones tenía, debía interrumpirlas para venir a suplicarme que mis hijos no amenazaran a sus niñas; ya que ella, que sí tenía una utilidad pública, merecía descanso y paz.



Entre grito y grito le mostré con timidez una piedra del mismo tamaño que me había golpeado cuando barría el patio esa mañana; la piedra también traía un recadito: "Richi; ¿quieres ser mi novio?". La doctora, especialista en úlceras y gastritis de políticos y ejecutivos, pasó por alto mi intento de defensa, y se fue dando un portazo y gritando algo acerca de las mujeres que no hacen nada. Reptando regresé a mi sillón preferido a leer el periódico y enterarme qué decía de un escultor que regresaba de Florencia para recibir un premio.

Siguió pasando el tiempo y un día descubro que a mí nadie me entrevistará, que para empezar una carrera con el pie derecho me faltaban catorce años de vida práctica; algo así como si una persona de Galeana, Nuevo León, pueblo de tres mil habitantes, llegara a México y se encontrara de repente en San Juan de Letrán o en Madero.



Entonces comprendí que las cosas marchaban a un ritmo distinto, que estoy atrasada en todo. Empiezan las clases de yoga para relajarme, las de gimnasia para bajar la llanta, las de psicología para medio comprender que fue lo que pasó conmigo y mi vida. Hasta que un día recordé mi amor por la literatura. Alguna amiga me recomienda una academia. Conozco gente maravillosa; me doy cuenta de que no se me secó la inteligencia al mismo tiempo que las oportunidades.

Un día asiste a la academia el escritor de moda Luis Rius; me acerco a él para escuchar bien; me siento contenta; hasta satisfecha. Al leer al día siguiente el periódico veo mi retrato. Yo, con mi mejor arreglo, discreta, armoniosa, me descubro retratada. Entonces comprendo que aquel elemento que nunca me llamó la atención, el que sirve para llenar huecos en las fotografías, soy yo